



historia

# Cuerpo y sangre de la política

La construcción histórica  
de las Visitadoras Sociales (1887-1940)

MARÍA ANGÉLICA ILLANES

LOM  
EDICIONES

## María Angélica Illanes

(Santiago, 1949). Estudió Pedagogía en Historia y Geografía en la Universidad Católica de Chile y es Licenciada en Filosofía, mención Historia, de la Universidad Católica de Chile; Licenciada en Filosofía, mención Historia de la Universidad de Chile; Diplomada Superior en Ciencias Sociales de FLACSO y Doctora en Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Entre los años 1990 y 2000 fue académica del Departamento de Estudios Humanísticos de la Universidad de Chile. En la actualidad es directora de la Escuela de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad ARCIS y docente de la Universidad de Santiago, Universidad ARCIS y Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

La autora se ha especializado en historia popular de los siglos XIX y XX y en historia de las políticas sociales del siglo XX. Entre sus numerosas publicaciones destacan: *Chile Descentrado. Formación socio-cultural republicana y transición capitalista* (LOM, 2004), *La batalla de la memoria. Ensayos históricos de nuestro siglo* (Planeta-Ariel, 2002), *Poemario popular de Tarapacá, 1899-1910* (Coeditora y compiladora junto a Luis Moulián y Sergio González; LOM, DIBAM, 1998), *En el nombre del pueblo, el estado y la ciencia. Historia social de la salud pública, Chile 1890-1973* (Colectivo Atención Primaria, 1993) y *Ausente señorita. El niño chileno, la escuela para pobres y el exilio, 1890-1990* (JUNAEB, 1992).

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Chilena

11M/313-27  
2008 C: 1  
935372



Biblioteca Nacional



1598450

935372

UM/303-27

28

Cuerpo y rango de la policía

Inspección General  
de las Fuerzas Armadas  
Calle 130 1-90

**Illanes Oliva, María Angélica**

Cuerpo y sangre de la política. La construcción histórica de las  
visitadoras sociales Chile, 1887-1940 [texto impreso] / María  
Angélica Illanes Oliva.

— 1ª ed. — Santiago: LOM Ediciones, 2006.

498 p.: 16x21 cm.- (Colección Historia)

R.P.I.: 156.259

ISBN : 956-282-832-8

I. Trabajo Social – Chile - Historia I. Título. II. Serie.

Dewey : 362.983.— cdd 21

Cutter : I29c

Fuente: Agencia Catalográfica Chilena

M. ANGÉLICA ILLANES

# Cuerpo y sangre de la política

La construcción histórica  
de las Visitadoras Sociales  
Chile, 1887-1940



# LOM PALABRA DE LA LENGUA YÁMANA QUE SIGNIFICA SOL

© LOM Ediciones  
Primera edición, 2006  
I.S.B.N: 956-282-832-8

Registro de Propiedad Intelectual N°: 156.259

Encargado de esta colección: Julio Pinto

Imagen de portada:  
Visitadora Social en jornada de trabajo en una población urbana  
(Colección Museo Nacional de Medicina)

Diseño, Composición y Diagramación:  
Editorial LOM. Concha y Toro 23, Santiago  
Fono: (56-2) 688 52 73 Fax: (56-2) 696 63 88  
web: [www.lom.cl](http://www.lom.cl)  
e-mail: [lom@lom.cl](mailto:lom@lom.cl)

Impreso en los talleres de LOM  
Miguel de Atero 2888, Quinta Normal  
Fonos: 716 9684 - 716 9695 / Fax: 716 8304

Impreso en Santiago de Chile.

*A Julieta y Dafne, mis amadas.*

*A la memoria de Armando de Ramón F.*

*A las Visitadoras y Trabajadoras(es)  
Sociales chilenos, con reconocimiento y cariño.*



## AGRADECIMIENTOS

Este libro es el resultado de mis investigaciones encaminadas a obtener el grado de Doctor en Historia en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Deseo agradecer al Instituto de Historia de la P. Universidad Católica por haberme brindado un espacio para mi perfeccionamiento profesional a través de su Programa de Doctorado. Asimismo, debo agradecer la oportunidad que la Vice-Rectoría Académica de esa Universidad, en conjunto con el Instituto de Historia, me brindaron para efectuar una estadía de estudios doctorales en la Universidad de California, Davis, y muy especialmente al profesor Arnold Bauer, gestor y permanente estímulo de esta enriquecedora iniciativa, y a Julia Hunter-Blair, quien me acogió en su casa con solidaridad y amistad.

Agradezco, muy especialmente a mi profesor guía, Armando de Ramón (Q.E.P.D.), maestro y amigo entrañable por su apoyo en esta investigación, por sus siempre acertadas y respetuosas sugerencias y por su contagioso entusiasmo con el desarrollo de la investigación histórica en todas sus vertientes.

Gracias a mis amigas Soledad Manterola y Guadalupe Santa Cruz por haberme facilitado valiosa documentación de familia que me fue muy útil.

En la cotidianidad del trabajo, agradezco a mis hijas Dafne y Julieta, por su permanente ayuda y por su amorosa y gratificante compañía de tantos y de todos los días.

Asimismo, agradezco al Fondo Nacional de Investigación y Ciencias (Fondecyt), institución que a través del proyecto N° 1990052 y N° 1020135, apoyó la ejecución de esta investigación. Una parte de esta investigación ha estado también apoyada por el Programa Fondarcis N° 804, al que se agradece. En distintos momentos de su desarrollo actuaron como colaboradores el profesor Luis Moulián (Q.E.P.D.), Carolina Riveros, Andrea Rodríguez, Carola Agliati y Nicolás Acevedo, quienes demostraron un gran compromiso, aportando permanentemente a la investigación.

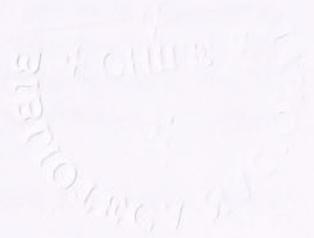
Asimismo, agradezco especialmente a Julio Pinto por su concienzuda lectura de este trabajo y su estímulo para divulgarlo, y a LOM por haberle dado acogida en su casa editorial.



*“La primera premisa de toda historia humana es, naturalmente, la existencia de individuos humanos vivientes. El primer estado de hecho comprobable es, por tanto, la organización corpórea de estos individuos y, como consecuencia de ello, su comportamiento hacia el resto de la naturaleza. (...) Toda historiografía tiene necesariamente que partir de estos fundamentos naturales y de la modificación que experimenta en el curso de la historia por la acción de los hombres”*  
(C. Marx, F. Engels, “La ideología alemana”.)

*“...Una de las primeras cosas que deben comprenderse es que el poder no está localizado en el aparato de Estado, y que nada cambiará en la sociedad si no se transforman los mecanismos de poder que funcionan fuera de los aparatos de Estado, por debajo de ellos, a su lado, de una manera mucho más minuciosa, cotidiana”.*  
(Michel Foucault, Microfísica del poder.)

*“Y precisamente porque el hombre es una unidad en sí mismo, en la que el cuerpo y el alma se funden, y porque –citando a Ludwin Klager– el cuerpo es la forma exterior del alma y el alma el espíritu del cuerpo, es por lo que la estructura interior se manifiesta, inevitablemente, a través del cuerpo y de la actitud exterior”.*  
(Karlfried Graf Dürckheim, Hara. Centro vital del hombre.)





## 1. Sarmiento nuevamente: barbarie vs. civilización

Despuntando el 1900, *El Chileno*, periódico de mucha popularidad, dirigía sus pasos hacia los confines de la ciudad capital. El público temor a la peste bubónica anunciada desde Buenos Aires le instaba a caminar hacia los barrios de la miseria y suciedad, como el del *Matadero*. No era porque el Matadero Municipal fuese el sucio, ya que en este inicio de siglo tenía bastante bien organizada su carnicería, el chorreado de sangres, el soplado a fuelle del animal sacrificado para desprenderle el cuero, o el lavado de vísceras, sino porque sus alrededores eran lodazales de conventillo y humano pobrerío. Frente al Matadero se encontraba una serie de cuartuchos, mezcla de carnicería, cantina y dormitorio con las consiguientes emanaciones de su peculiar síntesis. En las calles aledañas de Magallanes, San Diego, San Ignacio, Concepción, Bío-Bío y sus recodos, abundaba el rancharío hundido medio metro bajo vereda, receptáculo de inundaciones invernales, con acequias interiores paralizadas en la basura y el excremento.

Sobre las calles corrían apenas otras acequias superficiales derramando su materia viscosa, donde se embarraban los niños y extraían las gallinas sus lombrices; acequias donde se embancaba la basura corriente desde la Alameda, de manera que “los barrios centrales están vaciando sus desperdicios sobre los barrios pobres. Ahí viven gentes, nacen niños, se acumulan familias numerosas, i bajo techos de los que el invierno pudrió la paja, que ha sido reemplazada en partes por lata o gangochos aplastados con ladrillos”... Era la avaricia de los dueños, denunciaba *El Chileno*, la que estaba matando a los niños de la patria. En cambio, la no avaricia de doña Sofía Concha, que había construido la población obrera que llevaba su nombre, producía niños sanos y alegres que jugaban en callejones frescos y limpios, con acequias cubiertas, pavimento y árboles que sombreaban sus casas amplias y soleadas<sup>1</sup>. *El Chileno* se comprometía en abogar, en forma drástica, por alguna

---

<sup>1</sup> “A través de Santiago en busca de la peste. En el barrio del Matadero. ¡Las Acequias! He ahí el Enemigo”. *El Chileno*, Santiago, 4 de febrero, 1900.

reforma al respecto para establecer “la tiranía de la vida contra la muerte, la dictadura de la civilización contra la mugrienta barbarie”<sup>2</sup>.

Al inicio del siglo XX y faltando poco para la celebración del primer centenario de la independencia, las categorías de *barbarie* y *civilización* se instalan nuevamente en el discurso comprensivo de la sociedad chilena. Luego de un siglo de independencia y república, “uno se encuentra, no sin sorpresa, que el tema principal es el de la barbarie”<sup>3</sup>. Y esto no deja de ser curioso para un país como Chile, jactancioso, respecto de los demás países latinoamericanos, de su orden institucional que supuestamente nos habría puesto en la segura senda de la civilización. No obstante, como decíamos, el tema principal ahora era el de la barbarie, categoría que irrumpía a través de los textos civilizatorios, derramando sobre ellos la mancha de su tinta.

¿Cuáles eran los nuevos referentes históricos y sociales que otorgaban sentido a la reconquistada hegemonía de la categoría *barbarie*? ¿De qué trataba de dar cuenta este concepto al iniciarse el siglo del progreso y de la técnica? Es decir, ¿en qué consistía la dialéctica *civilización-barbarie* y cuál era el contenido específico de ambos términos en el nuevo siglo chileno?

Podríamos identificar “tres barbaries” manifestándose y entrecruzándose simultáneamente en la primera década del siglo en Chile: a) para los grupos intelectuales y profesionales, la barbarie se encarnaba en la miseria, la mortalidad de niños y la pobreza de la ciudad-de-pobres; b) para las clases dirigentes, especialmente para la iglesia, la barbarie se expresaba en la cuestión social y el movimiento obrero que amenazaba el orden instituido y la reversión de los principios de la civilización occidental; c) y, finalmente, para el movimiento obrero, la barbarie residía en las clases dirigentes, en la burguesía y, especialmente, en el militarismo de Estado, barbaries de la explotación, de la miseria, del desgobierno, de la “tiranía” y de la “traición al pueblo”, que enfermaban la república y que habían llegado con el capitalismo inglés y el prusianismo alemán.

En contrapartida, el discurso civilizatorio que subyace a estas barbaries finiseculares, se muestra cargado de un contenido disciplinario y/o educador de la sociedad o de segmentos de ella, con el fin de producir un nuevo orden o de restablecer el existente. En este sentido, la civilización se concibe como una utopía<sup>4</sup> y,

---

<sup>2</sup> “La higiene pública y las multas. Una dictadura que hace falta”. *Ibid.*, Santiago, 22 de febrero, 1900.

<sup>3</sup> Esta frase entre comillas está tomada de Arturo Roig cuando se refiere a su análisis del “Facundo” de Sarmiento, en Arturo Roig, *Rostró y Filosofía de América Latina*, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1993, p. 34.

<sup>4</sup> Arturo Roig, *op. cit.*

simultáneamente, como una restauración; pero en ambos casos se entiende como una *acción* o una *intervención* inmediata, posible y urgente a realizar sobre lo real por parte de *agentes internos*, movidos ya por voluntad o conciencia propia, ya por mandato del Estado. Y si bien el contenido civilizatorio continúa siendo, como en el siglo XIX, de raigambre europea, éste se encuentra aquí, a principios del siglo XX, con preparados agentes receptores dispuestos a su aplicación.

En la ruta de este desafío, una nueva y decisiva “tarea nacional” quedaba planteada. Aquí nos interesa mostrar cómo, paralelamente a las medidas represivas destinadas a contener y a confrontar el descontento social expresado a través del movimiento obrero en el país a principios de siglo, comenzaron a movilizarse distintos grupos civiles laicos, especialmente ligados a los estamentos profesionales (medicina, educación, leyes, servicio social), encaminados a incorporar a los sectores populares a los beneficios de la “civilización”. Estos grupos fueron construyendo un discurso autocrítico e instalando nuevas “premisas” que alcanzaron amplio consenso y que movilizaron a la sociedad en tareas de organización civil, socialización, legislación y pactos ciudadanos, los que fueron capaces de crear nuevos y sucesivos pactos políticos que delinearon las políticas sociales modernas y el propio sentido y lenguaje socio-cultural del siglo XX.

En efecto, uno de los rasgos característicos de la modernidad quedó señalado por el fenómeno de progresiva *profesionalización* de la acción en el campo de la intervención sobre los pobres, ya por parte de la sociedad civil, ya por parte de los Estados nacionales en el curso del proceso y como fundamento mismo de su propia conformación institucional<sup>5</sup>. Entenderemos aquí dicho proceso de *profesionalización* como la acción de intervención a nivel ampliado de la sociedad, sobre la base de ciertas premisas otorgadas por la “ciencia”, en vista de la producción de un ajuste del pacto social basado en el mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo y su incorporación al sistema institucional. En este sentido, consideramos al fenómeno de profesionalización y a las y los profesionales propiamente tales, como agentes que se vinculan a los *proyectos de reforma* sociopolítica, con más o

---

<sup>5</sup> La definición del fenómeno de “profesionalización” ha sido objeto de controversias teóricas entre los estudiosos de la conformación de las sociedades modernas. Destaca al respecto la pugna entre dos corrientes interpretativas: a) una, vinculada Durkheim y al funcionalismo norteamericano, que enfatiza en el rol altruista de los profesionales y en su función de constructores de cohesión social a través de un trabajo de mediación que “evitaría tanto los excesos del *laissez faire* como del colectivismo estatal”; b) otra corriente los identifica con la tecnocracia y burocracia de los aparatos institucionales y el Estado, cuya función tendería a obstaculizar los procesos de democratización de la sociedad (Weber, W. Mills, Burnham). Al respecto, ver Ricardo González, *Las profesiones. Entre la vocación y el interés corporativo. Fundamentos para su estudio histórico*, Editorial Catriel, Madrid, 1999, pp. 15 y ss.

menos contenido democratizador, según la dinámica que adquieran los distintos proyectos políticos reformadores en pugna y/o según el contenido programático e ideológico del proyecto político hegemónico existente. Esto, en el entendido de que las-los profesionales forman parte de la propia dialéctica política de la reforma modernizadora, ya como agentes “generadores” o “coadyuvadores” o ya como agentes “enviados”; pero siempre como agentes productores y reproductores de realidad social, a partir de su intervención dada en el campo directo de lo concreto-real.

En definitiva, ya fuese desde la sociedad civil o desde el Estado, en los hechos, la profesionalización de la intervención en el campo de lo social-popular marcó un cambio radical en el modo de hacer política en el curso de la modernidad occidental y latinoamericana, al dirigirse a intervenir un nuevo campo de acción social, el *pueblo* a nivel *ampliado*, con el triple objetivo de sanar el daño a sus condiciones de vida, para la prevención de dicho daño y para su incorporación al proyecto nacional, potenciando el desarrollo de las fuerzas sociales productivas, re-armonizando las conflictivas relaciones sociales y/o produciendo un nuevo diagnóstico de lo real-social conducente a su potencial transformación democratizadora.

En esta perspectiva, el término “política social” da cuenta de la intervención ampliada sobre los sectores populares –tanto de los sectores improductivos pero potencialmente productivos, como de los productivos–, poniéndolos en el centro de la acción política pública o de la gobernabilidad civil y estatal con el fin de potenciar el desarrollo nacional y la armonía social. En este contexto, la “política social” tenderá a profesionalizar la intervención civil y estatal sobre los pobres en particular y los trabajadores y el pueblo en general, con el objeto de hacerlos funcionales a los objetivos de producción (de riqueza), de reproducción (ideológico-cultural) de la civilización moderna o de mayor o menor democratización de las estructuras por la vía política, es decir, no represiva /no revolucionaria.

Esta redefinición del campo de intervención social, así como los fundamentos ideológicos de su legitimación, acompañan la historia de las formaciones sociales modernas, en su intento por establecer, por esa vía, nuevos pactos sociales con el objetivo estratégico de potenciar y desarrollar las capacidades productivas nacionales generadoras de riqueza, revitalizando el control, el pacto y la reforma sociopolítica: complejo objetivo y estratégico desafío de las sociedades y Estados modernos.

El camino en pos de esta “tarea nacional” había de comenzar en Chile desde cero, esto es, desde el fundamento primario de cualquier comunidad organizada: asegurar la ley de reproducción social; tenía que empezar por intentar salvarles la

vida a los hijos del pueblo que sufrían la más grave crisis de subsistencia vital<sup>6</sup> y que pasaron a ser adoptados nacionalmente como “hijos de la patria”. Recién a partir de aquí se podía pensar en que la sociedad chilena del siglo XX pudiera articularse propiamente como nación. De este modo, la política social aplicada a los cuerpos populares –a través del camino trazado por la biopolítica occidental<sup>7</sup>– marcó, a nuestro juicio, la vía central y hegemónica para la moderna gobernabilidad social, delineando un modo de hacer política y de construir sociedad en Chile a lo largo de la primera mitad del siglo XX.

Al respecto, lo primero que llama la atención es la emergencia y circulación de todo tipo de iniciativas y de un contundente cuerpo de discursos que nombraban, desde todos los flancos y a todo lo largo del siglo XX, al “pueblo”, en un sentido distinto al abstracto concepto ilustrado del siglo XIX, adquiriendo ahora un contenido histórico concreto cuya realidad se busca develar e intervenir. Este cambio de discurso respecto del “pueblo” dice relación específicamente, a nuestro juicio, con el reconocimiento y crítica social sobre las *necesidades del cuerpo del pueblo*, amenazado de hambre, enfermedad y muerte, percibiéndose como un factor decisivo de los deseos de rebeldía social; todo lo cual exigía “modernizar” las relaciones pueblo-poder.

El *cuerpo físico del pueblo*, su necesidad y derecho de vivir adquiere en el siglo XX, a nuestro juicio, el carácter de una *categoría ética, ideológica, política y económica* bastante clave para la comprensión de la construcción social del siglo. Pensamos que esta clave se constituyó en una vía estratégica de *intervención* sobre los sectores populares y, al mismo tiempo, de *aproximación entre las clases sociales* en conflicto durante el período, articulando discursos disímiles, ensayando y modernizando instituciones e induciendo reformas y aún revoluciones de diverso cuño y desde distintos actores y flancos sociales e ideológicos.

---

<sup>6</sup> En tres momentos de finales y principios de siglo Chile llegó a niveles de mortalidad infantil superiores a 300 x 1000 (nacidos vivos): entre 1891-96 (312 x 1000), en 1906 (327 x 1000) y en 1908 (317 x 1000), nuestro récord mundial; constituyéndose la capital de Santiago de Chile, en la ciudad con mayor mortalidad infantil del mundo (502 x 1000 en 1900), cifra calificada como “pavorosa”. Las causales “médicas” principales de esta muerte infantil establecían como responsable a la gastroenteritis aguda y consiguiente deshidratación (26,2 %) y la bronquitis (21,3%), enfermedades ambas asociadas al abandono como a la pobreza de las clases populares. Ver Dr. Alfredo Commentz, “Estadísticas de mortalidad, natalidad y morbilidad en diversos países europeos y en Chile”, en *Primer Congreso de Protección a la Infancia*, Santiago, 1919, pp. 322-333

<sup>7</sup> Según los aportes teóricos de Foucault, la biopolítica se entiende como “la ciencia de las poblaciones, higiene pública, pedagogía; es el entrecruzamiento de todas estas disciplinas, cuyo punto de aplicación es el cuerpo, en adelante sometido a normas dadas ... en nombre de un saber de la penalidad y la patología...” Blandine Barret-Kriegel, “Michel Foucault y el Estado de policía”, en E. Balbier y otros, *Michel Foucault, filósofo*, Gedise editorial, España, 1999, p. 188

Nuestra intención es indagar la retrospectiva de este proceso histórico fundacional en Chile, entre 1900 y 1940. Desde una perspectiva general, el *tema central* a exponer trata de analizar el *giro histórico que realizan las clases dirigentes, desde políticas excluyentes a políticas inclusivas* del pueblo y de las clases trabajadoras, durante las primeras cuatro décadas del siglo XX. Nos preguntamos cómo se construyó y agenció lo que podríamos llamar una “política social de re-vitalización popular” para los fines tanto del desarrollo económico como del orden y reforma sociopolítica del sistema establecido. Al respecto, tendemos aquí a argumentar que, en torno a la biopolítica que se empieza a aplicar a nivel ampliado y progresivo sobre los sectores populares, se va a producir un recambio de clases dirigentes en Chile, asumiendo el estamento profesional –especialmente ligado a dicha biopolítica– la vanguardia y hegemonía respecto de los sectores tradicionales, vinculados a la aristocracia y a la iglesia, los que serán cooptados por dicha *intelligentsia* profesional para la tarea de una nueva gobernabilidad social en el campo de la aplicación de las políticas sociales. Estas políticas sociales se constituyen en la nueva vía y estrategia para el doble combate de la muerte corporal y del conflicto social; si bien dichas políticas pavimentaron el camino en este sentido, favorecieron, al mismo tiempo, la crítica al sistema e incluso el cambio en la composición de clase del régimen político chileno hacia la década de 1940.

El interés por este tema de estudio es fruto de otro trabajo realizado anteriormente y que estudia la construcción del *Estado Asistencial* en Chile<sup>8</sup>. En el curso de aquella investigación nos dimos cuenta de que este proyecto de Estado –a juicio de unos, un “experimento” de vasto alcance estratégico-político en occidente<sup>9</sup>–, necesitó ser “aplicado” sobre el pueblo; de lo contrario no se trataba más que de una nueva abstracción política iluminista. En el curso de la investigación saltaba a la luz el hecho de que el aparato político-institucional requirió del concurso de ciertas mujeres, cuyo protagonismo me parecía que quedaba bastante velado. Me llamó especialmente la atención un grupo de ellas que, a mi juicio, jugó un papel principal. Se trataba justamente de las “visitadoras a domicilio” (las tradicionales señoras caritativas y luego visitadoras sociales profesionales), las que, con un enorme esfuerzo, se llevaban el trabajo más pesado en el campo de la intervención popular, caminando por el barro, en un interminable circuito de ida y vuelta, desde las instituciones hacia los barrios populares (y viceversa), desde la fábrica hasta la casa del

---

<sup>8</sup> M. Angélica Illanes, ‘En el nombre del pueblo, del Estado y de la ciencia,...’ *Historia social de la salud pública. Chile, 1890-1990*, Colectivo Atención Primaria y Fundación Interamericana, Santiago, 1993

<sup>9</sup> Ver Stein, Ringen, *The possibility of politics. A study of the political economy of the welfare state*, Clarendon Press, Oxford, 1987.

obrero (y viceversa), desde la parroquia de fundo hasta el rancho del inquilino (y viceversa).

Así, este estudio va progresivamente concretando su problemática en torno a las “mujeres visitadoras”, las que *encarnan y aplican las directrices de la política social*. Mujeres visitadoras que se vinculan principalmente con las mujeres del pueblo, ocurriendo entre ambas una relación intensa y compleja, atravesada por múltiples contradicciones, relación que intentamos indagar en este trabajo. Al respecto, nuestro argumento es que estas mujeres visitadoras –inicialmente señoras de la elite y luego visitadoras sociales profesionales– constituyen la clave de la aplicación y pedagogía de las “políticas sociales siglo XX” –especialmente de la biopolítica– a través de una práctica de *mediación* entre el pueblo y las instituciones. Nos interesa, así, indagar no solo cuál fue el carácter que asume esta mediación, sino la evolución y tensión histórica del proceso de su construcción.

Nos preguntamos en qué momento histórico estas mujeres se articulan en función del cumplimiento de esta misión en el siglo XX, en qué consiste su práctica, qué discursos y saberes construyen a partir de dicha práctica y hacia qué modalidades de formación y trabajo evolucionan. Por otra parte, nos preguntamos también acerca de qué significado tenía este “trabajo de mujeres” en las primeras décadas del siglo XX, cuál era la eficacia real de su agotador e interminable esfuerzo, cuál era la percepción del pueblo y especialmente de las mujeres populares, ante la irrupción en su rancho o pieza de conventillo de una “patrona”, “señora” o “señorita” desconocida, y en qué medida su visita tenía como referente a las presiones que el movimiento obrero estaba ejerciendo sobre el sistema de orden imperante. Nos preguntamos, especialmente, acerca del impacto transformador de la intervención popular en las propias visitadoras, cuestión que progresivamente abrirá el paso a nuevas significaciones críticas de la visitación.

Ante estas preguntas surgieron las *hipótesis* que ya insinuamos. La primera de ellas me acompañó a lo largo del estudio realizado y plantea que la vía estratégica de aproximación entre pueblo y sistema durante el período en estudio fue trazada principalmente por la *ciencia*, específicamente por la *ciencia biomédica*, menudo las estructuras previamente construidas por la iglesia. Los profesionales de esta ciencia fueron instalando el tema de la “reproducción social” como problema nacional, en torno al cual fueron construyendo un discurso hegemónico capaz de otorgarle un contenido modernizador a los poderes y discursos tradicionales encarnados en el Estado liberal, la iglesia y la aristocracia. A través de la construcción de esta hegemonía discursiva y práctica, esta intelectualidad biocientífica fue trazando la ruta de una *vía de intervención* que, sobre la base de una matriz cristiana, va a ofrecer un moderno programa disciplinador de la sociedad en general y va a delinear los rasgos fundamentales de la política social en el siglo XX, fundamento

para un nuevo pacto nacional. Este proceso evolucionará desde una expresión estatal (derrotada con Balmaceda), pasando por una institucionalidad civil, la que, luego de alcanzar su punto crítico por los años 20 acude nuevamente al Estado y su campo de acción política. Este hace suyo la fórmula de intervención social implementado por la biociencia<sup>10</sup>, sentando las bases de un Estado Asistencial comprometido con la aplicación de políticas sociales en vista del “progreso” y la seguridad nacional<sup>11</sup>. Así, junto con los militares que dan el golpe del año 1924, esta intelectualidad biomédica y sus cuerpos civiles movilizados habrían actuado como factor de recambio de la oligarquía destituida<sup>12</sup>, instalando las bases doctrinarias y prácticas de una ideología civilizadora para la intervención social.

Otra de nuestras hipótesis centrales –como insinuamos en párrafos anteriores– plantea que esta aproximación pueblo-sistema, ideológicamente sustentada por la ciencia, fue en la práctica (y en su expresión civil) implementada y realizada a través de un “trabajo de mujeres” de la aristocracia y de clase media institucionalizadas y luego profesionalizadas. Este trabajo de mujeres tiene una matriz caritativa tradicional; no obstante, pensamos que en el siglo XX esta matriz adquiere un carácter propio y específico: estaríamos frente a lo que podríamos llamar una moderna “necesidad política del género femenino en tiempo de crisis”, con el fin de restablecer los lazos rotos entre un pueblo profundamente insatisfecho y un sistema anquilosado en el orden de las instituciones, las clases, la propiedad y el Estado. Dichas mujeres se habrían esforzado por abrir puertas en todas direcciones, intentando calmar la necesidad del cuerpo-alma especialmente de las maltratadas mujeres populares y sus hijos, intentando, simultáneamente, neutralizar el malestar social y sus tentaciones revolucionarias, en una época crítica desde el punto de vista económico, tanto a nivel de la supervivencia popular, como en el ámbito del funcionamiento del sistema capitalista mundial y nacional.

Cuando hablamos de estar en presencia de una “necesidad política del género femenino”, nos estamos refiriendo a que el trabajo de las “mujeres visitadoras” en

---

<sup>10</sup> En efecto, al producirse la toma del poder del Estado por estamentos militares en 1924, estos profesionales de la bio-política, que ya habían ensayado en el campo civil e ideado en el campo político un vasto plan de intervención asistencial y legislativa, se encaramaron también a dicho poder (1925). Se produjo, así, una alianza entre ambos sectores, la que resultó decisiva en vista de la transformación del Estado liberal.

<sup>11</sup> Ver M. A. Illanes, *loc. cit.*

<sup>12</sup> Esto pretende aclarar aquel planteamiento, bastante común, de que, con la llamada “crisis oligárquica” y en ausencia de una “burguesía nacional”, se habría generado un total vacío de gobernabilidad, sólo llenado por los militares. Ver Rodrigo Baño, Leopoldo Benavides y Julieta Kirkwood, *Dominación urbana y proyecto alternativo en América latina*, Flacso, Santiago, Chile, Documento de Trabajo N° 114, junio, 1981.

su relación con el pueblo estaba llamado a cumplir un *rol político*, es decir, dado en el campo del “pacto social”. En este sentido, la acción de intervención de estas mujeres habría actuado en aquellos *puntos neurálgicos* del orden del sistema, tanto donde este era susceptible de ser reformado, como donde se veía seriamente amenazado, en vista del objetivo estratégico de re-conducir las presiones por el cambio social. De este modo, el “rol político” de las mujeres de la asistencialidad se habría dirigido hacia determinados nudos críticos del sistema, principalmente: a salvaguardar la reproducción biológica del pueblo, a cooptar a los trabajadores al sistema legal reformado, interviniendo, asimismo, en el campo de las relaciones sociales industriales y agrarias, donde se concentraban las presiones por el cambio estructural. Sin embargo, este rol político, en tanto complejo acto de mediación, estuvo atravesado por corrientes de atracción o seducción entre pueblo y visitadora, cooptándose mutuamente uno a la otra y viceversa, produciéndose un fluido intercambio de deseos y saberes con efectos no controlables institucionalmente y que potenciaron en dichas mujeres la emergencia de un crítica no-funcional al sistema, la que se manifestaría claramente en un período posterior: hacia la década de 1960 las trabajadoras sociales se comprometerán decisivamente en la transformación del sistema, tanto en Chile como en toda América Latina.

La asistencialidad y su intermediación femenina fue desarrollada en el despertar del siglo XX –siguiendo el paradigma caritativo-liberal–, principalmente por las instituciones civiles, las que alcanzan su mejor fisonomía en el Patronato Nacional de la Infancia y sus Gotas de Leche, diseminadas por los barrios populares. Esta iniciativa orgánica civil va a alcanzar una presencia estatal a partir de 1924, cuando médicos y militares fundan el Estado Asistencial en Chile y la primera escuela de “visitadoras sociales” (*Escuela de Servicio Social “doctor Alejandro del Río”, 1925*), dependiente de la Junta Central de Beneficencia Pública, que por ese entonces adquiere una clara impronta estatal. Siguiendo la trayectoria de los aparatos culturales de aplicación de las políticas sociales, a la creación de la primera *Escuela de Servicio Social de la Beneficencia* seguirán otras iniciativas, especialmente la *Escuela de Servicio Social “Elvira Matte de Cruchaga”,* de carácter doctrinal católico, dependiente de la P. Universidad Católica (creada entre 1927-29). A partir de estas dos creaciones institucionales (laica una y religiosa la otra), la labor de mediación entre pueblo y sistema que hasta entonces realizaban voluntariamente las mujeres de la aristocracia se acrecentó y consolidó, irradiando hacia todos los campos donde habitaba el mundo popular y laboral, desde Gotas de Leche y hospitales, hasta fábricas y faenas agrícolas y mineras; fundándose, finalmente, nuevas escuelas de servicio social en provincia a partir de 1940.

El nuevo modelo de vinculación entre pueblo y Estado vía la asistencialidad y mediación femenina surge, así, desde una *experiencia de poder y gobierno civil*

*ensayado con antelación* y que va a penetrar por dentro y rodear por fuera al nuevo Estado nacional que, en esta etapa -1924/1938- podríamos denominar “Estado Nacional-Asistencial”. Con posterioridad a 1938 pensamos que este modelo de Estado se va a consolidar y proyectar, alcanzando un nivel de mayor “compromiso social”.

En suma, nuestro trabajo concibe su tema de estudio como un *proceso* de construcción cultural histórica que va desde la sociedad civil al Estado, pasando a potenciarse mutuamente en torno a la puesta en acción de una intervención dise­minada en forma progresiva sobre el campo social y en función de la producción de *un saber* ampliado acerca del mundo popular, que servirá de fundamento para la formulación y puesta en práctica de las “políticas sociales siglo XX” en Chile, y que visibilizará la vida / muerte popular, potenciando la crítica al sistema.

En general, la intervención sobre el cuerpo-de-pobres y la producción de un “saber” acerca de él, va a marcar el siglo XX con la impronta de una “sensibilidad social” generalizada, que se derramará sobre la conciencia o la culpa y que se materializará en el accionar de todos los sectores de la sociedad. Pensamos que en el curso de este proceso se irá construyendo un texto cultural hegemónico sustentado en las categorías de “pueblo”, “pobreza”, “necesidad”, “cambio”, hecho que tendrá profundas implicancias políticas y sociales, en el sentido de la “construcción de comunidad”.

## 2. El horizonte conceptual

Las preguntas y temas planteados nos conducen a enfocar nuestro estudio desde la perspectiva de la *historia social*, con un determinado perfil *político-cultural*. Por lo general, la historia social tiende a centrarse en los movimientos populares y en el conflicto social, lo cual constituye un enfoque histórico muy relevante e imprescindible; esta investigación recogerá y trabajará (explícita o implícitamente) con todos los aportes realizados en este campo. Aquellos estudios nos han permitido conocer los rasgos propios del movimiento popular chileno y la importancia de su acción y su organización creada a lo largo del siglo XIX y especialmente en la coyuntura del cambio de siglo<sup>13</sup>. Estos trabajos han permitido visualizar dichos movimientos sociales, constituyéndose con una dinámica propia, perfilándose como un actor bastante autónomo o en ruptura con las instancias institucionales tradicionales.

---

<sup>13</sup> Habría que mencionar al respecto los trabajos de numerosos “historiadores de los movimientos populares”, tales como Julio Pinto, Gabriel Salazar, Mario Garcés, Sergio Grez, Eduardo Devés, Sergio González, Crisóstomo Pizarro, Vicente Espinoza, Luis Vitale, entre tantos otros. Ver bibliografía general que se presenta al final del texto.

Creo, sin embargo, que esta perspectiva debe *complementarse* con otro enfoque, que dice relación con lo que a este trabajo ha interesado indagar más en profundidad. Poco se ha enfocado el tema de lo popular desde la perspectiva del proceso –consensuado o impugnado– de su *incorporación institucional* vía la asistencialidad civil y estatal, como fenómeno simultáneo al de su movimiento “autónomo”. Poco se sabe de la *ideología* que sustentó dicha incorporación, así como de los *mecanismos y vías* que se implementaron para alcanzar su objetivo. Poco se sabe, asimismo, de la dinámica transformadora que dicha asistencialidad provocó en la sociedad, especialmente en las mujeres populares y en las propias mujeres visitadoras, protagonistas centrales de la mediación asistencial, así como en la política chilena.

Pensamos que profundizar en el tema de la *incorporación institucional del pueblo vía la asistencialidad*, es importante al momento de comprender nuestra construcción nacional en el siglo XX, bastante caracterizada por una dinámica que combina “movimiento social y popular” e “institucionalización social”. Si bien nuestra investigación de campo se centra aquí en las políticas de incorporación asistencial, ella será enfocada desde la perspectiva de esta “*dinámica de combinación*” entre autonomía e incorporación. Quizás esta fórmula nos permita comprender mejor el desarrollo socio-popular chileno y su desarrollo político en el siglo XX.

En segundo lugar, nuestro estudio enfoca la temática social desde una determinada materialidad-cultural: el “cuerpo-sangre del pueblo”. Al respecto, concebiremos la categoría *cuerpo y sangre del pueblo* desde cuatro perspectivas íntimamente entrelazadas: a) como *materialidad* biológico-social donde se inscribe la crisis de supervivencia popular en tanto crisis de reproducción social y, por lo tanto, como clave a partir de la cual se saca a luz y se elabora un nuevo *conocimiento* acerca de lo real-social, desde el cual una intelectualidad científico nacionalista de nuevo cuño pudo efectuar un diagnóstico y reconocimiento de la sociedad chilena; b) como texto de inscripción del moderno corpus bio-científico portador de la *ética* y de la *verdad*, encargándose a la asistencialidad femenina llevar, cual nueva misionera, su prédica al pueblo con el fin de entregar las claves y el mensaje de la “buena nueva” del pacto entre el “pueblo y el señor”; c) como una *vía de aproximación* al pueblo, re-enlazando las fidelidades sociales y re-armonizando el sistema en un período en que en Chile se viven síntomas de lucha de clases; produciendo, al mismo tiempo, inéditas complicidades, así como el despertar de una crítica social visitadora emanando desde las fuentes mismas del saber y de la existencia popular; finalmente, d) desde la perspectiva del movimiento obrero, el cuerpo del pueblo es un *ser* que habla desde su necesidad, generando acción, protesta, movilización, constituyéndose en base de sustentación de la ideología del cambio estructural, invistiéndose de autoconocimiento y de subjetividad crítica.

De este modo, el *cuerpo y sangre del pueblo* se configuró como un *ser político* de primera importancia, tanto para los intelectuales científicos, para las visitadoras, así como para el movimiento obrero, en vista de una posible refundación nacional de signo estratégico divergente, pero relativamente convergente en términos de la necesidad de buscar vías de “solución” al problema vital de sobrevivencia y mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo. En torno al reconocimiento y conquista de su derecho a la vida, se jugaba el destino político, social y económico de la nación.

Pensamos que es a partir de la identificación del carácter político de este “ser-cuerpo y sangre del pueblo” que Chile –siguiendo las directrices del occidente europeo– entrará en una segunda fase de su fundación nacional (considerando a la independencia como su primera fase), llamada a liberar al país de su “decadencia”.

¿Qué significado tuvo esta “decadencia” de que tanto se habló en Chile a principios de siglo? Las clases dirigentes tradicionales la atribuían a lo que denominaban una suerte imprecisa de “decadencia moral”, atribuyéndola a la pérdida de ciertos parámetros de “autoridad”; otros hablaban de “decadencia de la raza”, usando las categorías darwinianas en boga en la época. Por su parte, representantes del movimiento obrero, como Luis Emilio Recabarren, por ejemplo, la atribuían a que la fundación republicana chilena no había cambiado las relaciones desiguales entre “ricos” y “pobres”<sup>14</sup>. Por su parte, historiadores contemporáneos como Gonzalo Vial, inician su monumental *Historia de Chile* tomando también como punto de partida este tema de la “decadencia” que él interpreta como una “enfermedad crónica” de Chile que comienza con el liberalismo de los mandatarios Santa María y Balmaceda (que se prolonga en el siglo XX), en cuanto momento clave de la pérdida en la sociedad chilena de la hegemonía de la cosmovisión religiosa o lo que él llama “la ruptura del consenso doctrinario”<sup>15</sup>.

A diferencia de este último enfoque historiográfico, aquí visualizamos dicha “decadencia” como un proceso de involución, de retroceso y de “des-orden”: un desorden que consistía en la ruptura de la cadena vital básica del cuerpo social de la nación y que no era otro sino el que provoca la miseria y, más aún, la *muerte*. Esta es, a nuestro juicio, la enfermedad crónica y estructural de la historia social de Chile y que se prolonga durante el siglo XX. Sin duda, la muerte del pueblo había pasado a ser la cara oscura de la república, el des-orden del orden republicano. Era la negación del *roto chileno*, aguerrido y fuerte, y se consideraba, por último y más grave aún, como expresión de la incapacidad de Chile para entrar en el

---

<sup>14</sup> Luis Emilio Recabarren, *Ricos y pobres*, Santiago, 1910.

<sup>15</sup> Gonzalo Vial, *Historia de Chile*, tomo I, Editorial Santillana, Santiago, 1981.

carril de la nueva civilización moderna: económica, industrial, tecnológica, que revalorizaba la *fuerza viva de trabajo* como factor indispensable de la riqueza productiva de una nación.

¿Qué significó para la sociedad chilena tener que acometer la tarea histórica de refundar la nación desde la negación de la *muerte*? ¿Qué significado tiene la muerte como categoría política? ¿Cuáles fueron los actores principales capaces de enfrentar, desde la muerte, dicha refundación nacional? ¿Qué tipo de nación y de sociedad hubo de emerger desde este *desorden* mortal?

Por lo común, se identifica el concepto de *desorden* con las acciones de rebeldía social respecto de un determinado *statu quo*, acciones que estarían encaminadas a desestabilizar el ordenamiento establecido. Los sectores populares, por lo general, han cargado con la “culpa” de esta acción des-ordenadora, la que se presenta impregnada de una connotación negativa. En el período en estudio (1887-1940), este tipo de estallidos se produjeron en Chile, pero, ¿eran estas expresiones contestatarias populares signos de desorden o más bien eran manifestaciones de organización y de poder de presión? ¿Dónde residía el desorden real, capaz de estimular el miedo al poder rebelde? ¿Es posible determinar la manifestación de un *desorden* propio del proceso de transformación modernizadora: un fenómeno de des-ordenamiento civilizacional, que se define como amenaza a la supervivencia misma de los sectores sociales mayoritarios y en la puesta en cuestión del propio equilibrio del sistema? ¿Un desorden sistémico que se *encarna* en el pueblo, más específicamente en el *cuerpo físico del pueblo*? Para una comprensión “histórica” del problema, aquí optamos por enfocar el *desorden* emanando principalmente del mismo sistema de orden, desorden que se representa en los cuerpos-almas más pobres y vulnerables de la sociedad.

Pero se trató de un problema que, lejos de haber pavimentado el camino tradicional de la indiferencia, convocó a amplios sectores de la sociedad chilena, con el fin de ponerle atajo y de atacarla desde distintos frentes, rompiendo así con la inercia tradicional de la aristocracia. Esta movilización, este *reclamo por el derecho a la vida del pueblo* chileno es lo que estableció las bases, pensamos, para una nueva hegemonía cultural en Chile capaz de establecer los lineamientos de un nuevo pacto social (*legal, bio-asistencial, educacional*), que intentó disciplinar a la aristocracia, a los empresarios capitalistas, al pueblo y a las propias instituciones públicas. El objetivo de esta movilización ampliada estaba destinada, prioritariamente, a superar “el trabajo de la muerte” (como se le denominó en la época) y a instaurar el imperio de la *vida*, lo que, a nuestro juicio, le dio su sentido más profundo al proyecto modernizador del siglo XX.

En el estudio realizado se entrecruzan cuatro campos conceptuales, los cuales han iluminado la lectura de la documentación y orientado la articulación de nuestro tema: a) en primer lugar, aquí está presente la conceptualización en torno al rol político-cultural de los *intelectuales y profesionales*; b) en segundo lugar, a lo largo del texto se podrá notar la preocupación por la relación entre los conceptos de *poder y cuerpo-sangre-del-pueblo*; c) en tercer lugar, hemos considerado la *teoría del género* en algunas de sus últimas vertientes; d) por último, nos ha interesado hacer algunas precisiones respecto de lo que entenderemos por el concepto de *mediación*, en tanto que es una categoría constantemente presente en nuestro estudio. A través de este entrecruzamiento conceptual se ha intentado comprender e historizar el complejo proceso de *intervención* del sistema institucional sobre el pueblo, durante el siglo XX. Todo esto en el marco de referencia del proceso de configuración de un movimiento obrero y popular que pugna por su autonomía, pero que al mismo tiempo se ve envuelto, en forma insoslayable, en el fenómeno de la reforma legislativa y la institucionalización de sus demandas.

#### a) Los “intelectuales”

Desde tiempos remotos y junto con el nacimiento de las sociedades agrícolas complejas, la historia nos habla del papel cumplido por los llamados *especialistas*, dedicados al estudio astronómico y al manejo de técnicas que organizaban la productividad social a gran escala. Según los estudiosos del tema, estos mismos especialistas se habrían convertido en los primeros *sacerdotes* que guiaron al pueblo y lo organizaron para cumplir el deber productivo colectivo según sus prescripciones, emanadas de un poder divino: saber que les habría permitido establecer las bases de la división social del trabajo. “Pocos momentos en la historia del hombre sobre la tierra serían tan decisivos como éste, en cuanto a las consecuencias que tendría para el desarrollo de las formas complejas de gobierno”<sup>16</sup>. Se trata de uno de los momentos *fundacionales* de la historia de la sociedad humana. En una segunda etapa, los especialistas-sacerdotes se habrían aliado a familias enriquecidas a través del comercio aldeano, a las que habrían “santificado”, justificando, así, su propia separación del trabajo físico y legitimado su poder político y su mantención económica por parte del trabajo del pueblo, organizado centralmente para este fin. “El poder político y el poder religioso, el poder temporal y el poder divino, quedaron así reunidos en una sola cabeza”<sup>17</sup>.

<sup>16</sup> Victoria Castro, “Chavín y su influencia”, en *Los primeros americanos y sus descendientes*, Editorial Antártica, Santiago, 1988, p. 206.

<sup>17</sup> José Luis Martínez, “Tiwanacu, el imperio del lago sagrado”, en *op. cit.*, p. 269.

El párrafo anterior nos está hablando del proceso de construcción histórica de orden social basado en el recurso político del conocimiento por parte de ciertos intelectuales que se transforman en líderes y estrategias de una determinada vía de “desarrollo” y, al mismo tiempo, nos está planteando en qué consiste un fenómeno que nos interesa destacar: el de la *hegemonía*, la cual “no se identifica en absoluto con la fuerza. La hegemonía... se conquista mediante una política de alianzas que abre una perspectiva nacional al conjunto de la sociedad...”<sup>18</sup>. Esta “conquista” se realiza a través del convencimiento social por medio de la divulgación sistemática de ciertas premisas que actúan como “verdades” y como cuerpos programáticos para la acción colectiva.

Para el siglo XIX, Augusto Comte (*Curso de filosofía positiva*, 1822), había señalado la importancia de los “científicos” en la dirección de las sociedades modernas, capacitados para gobernar sobre fundamentos “positivos” (no religiosos) en vista de un progreso indefinido y sobre la base de un orden social dado por la división del trabajo propia de una sociedad capitalista en su fase industrial. Su lema “orden y progreso” se transformó en el emblema de numerosos Estados y gobiernos en el siglo XIX y XX, expresión de un programa político que buscaba combinar la permanencia de un *status quo* social junto al afianzamiento y desarrollo de la sociedad capitalista moderna.

Este positivismo le entregó algunas de sus bases de sustentación al *funcionalismo sociológico* (norteamericano) del siglo XX, que identifica a los intelectuales como “profesionales, adalides de la modernidad, garantes de la cohesión social”, caracterizados como altruistas, “mediadores sociales que ayudarían a evitar, tanto los excesos del *laissez faire* como del colectivismo estatal”. Máxima figura de esta corriente es Emile Durkheim (*De la división del trabajo social*, 1967), quien consideraba que las “organizaciones profesionales eran una precondition para el logro del consenso en las sociedades industrializadas, dado que la quiebra del orden tradicional solo podía ser atemperado por agrupaciones reclutadas sobre una base ocupacional y constituidas en auténticas ‘comunidades morales’ con gran incidencia sobre el resto de la sociedad”<sup>19</sup>.

Lo anteriormente expuesto nos muestra que “los intelectuales”, tanto desde los aparatos políticos centrales, como desde su función técnico-profesional, han ejercido una gobernabilidad social que tiende a ofrecer “soluciones” sin la utilización de la acción coercitiva y con el objeto de evitar el conflicto. Se han instalado en una (aparente) neutralidad, que marcaría su “diferencia” o su “distancia” respecto de los intereses explícitos de “clase”.

---

<sup>18</sup> Christine Buci-Glucksmann, *Gramsci y el Estado*, Editorial Siglo XXI, México, 1978, p. 9.

<sup>19</sup> González L., Ricardo, *Las profesiones. Entre la vocación y el interés corporativo. Fundamentos para su estudio histórico*, Ediciones Catriel, Madrid, 1999, pp. 16-17.

Desde otra perspectiva, Antonio Gramsci ha ofrecido a la teoría moderna una conceptualización de los intelectuales como “dirigentes orgánicos” que, instalados en todos los aparatos culturales de la sociedad (desde las fábricas a la iglesia, por ejemplo), gobiernan, a modo de un “estado ampliado”, conquistando hegemonía en vista de la generación de movimientos desde la base para la transformación social<sup>20</sup>.

Nuestro trabajo presta una especial atención a este último concepto de “estado ampliado”, en tanto que uno de nuestros principales objetivos es mostrar cómo se prepara el Estado Asistencial “desde fuera del Estado”, en el seno de una gobernabilidad civil que alcanza el límite de su capacidad o su “punto de saturación histórico”, necesitando articular su propio gobierno social con el Estado, en el marco de la crisis capitalista del siglo XX.

En este sentido, el estudio trata, en importante medida, de la emergencia de un estamento de *especialistas científicos* que, a nuestro juicio, producirán un nuevo saber con estatuto de “verdad” (superpuesta a la “verdad religiosa” que sufría pérdida de su hegemonía y eficacia en el mundo popular), al servicio de la reforma y reordenamiento de la sociedad, con el objetivo de fundar un nuevo “pacto social” entre gobernantes y gobernados. Pacto social fundado para la *rearmonización técnico-científica* de las relaciones sociales de división del trabajo, en vista del restablecimiento de la paz social y del enriquecimiento nacional. Un desafío biocientífico concebido como misión salvadora de la civilización occidental, planteado y practicado como una “guerra por otros medios”: guerra conducida por oficiales “de delantal blanco” y cuyas huestes (femeninas) avanzaban por el campo de batalla a pacificar las iras provocadas por la miseria y la represión. Se trataba de un momento histórico decisivo, cuando la conquista y la organización social por las armas no bastaban; era necesaria la fundación de una nueva hegemonía cultural.

Desde esta perspectiva, nuestro trabajo trata, por una parte, del estudio del *pensamiento*, con estatuto de “verdad moderna”, de estos especialistas y de su *divulgación* en el seno de ciertos grupos de las elites y en determinados sectores del pueblo (especialmente en sus sectores más vulnerables, tales como mujeres y niños, y en general, en el mundo popular dado en el “núcleo familiar”), a los cuales educan y preparan en estas *verdades*, potenciándose una nueva alianza estratégico-política a nivel de las clases dirigentes y una relativa “conjunción” entre éstas y dichos grupos populares, con el objetivo de reacomodar las relaciones sociales. A partir de aquí, nuestro trabajo plantea y busca mostrar que, sobre la base de dicho “saber”, los especialistas y sus aliados producen un determinado *conocimiento y diagnóstico acerca de la realidad social nacional*, a partir de lo cual intentan someter

---

<sup>20</sup> Ver Christine Buci-Glucksmann, *op. cit.*

a dicha sociedad a tratamientos e intervenciones específicas (biopolíticas, caritativas, legislativas y sociales), destinadas a solucionar su “enfermedad”, causa del malestar y desestructuración del sistema social.

La puesta en práctica de estas políticas de intervención y reordenamiento estará protagonizada por los intelectuales orgánicos de esta intervención reordenadora, los médicos<sup>21</sup>. En una primera etapa su accionar se dirigirá a producir un *cambio epistemológico* respecto del *conocimiento* de la sociedad, a partir de la develación de los cuerpos y su desorden vital. Nuestra percepción es que, desde este re-conocimiento corporal, los intelectuales elaborarán una nueva imagen y fisonomía de la nación, intentando refundarla sobre nuevas bases: *científicas*. La utopía rearmonizadora de la ciencia positiva será la nueva bandera de fundación nacional. Dicho “nacionalismo científico” habría accionado cambios en las estructuras y modalidades de ejercicio del poder y de las relaciones sociales en general. Al mismo tiempo, la tradición religiosa se habría puesto al servicio y en sintonía con esta modernidad científica en aras del resguardo de la propia tradición.

Estos intelectuales abordarán la nueva construcción de nación, haciendo de su “objeto” de estudio, los cuerpos dañados del pueblo, elementos de intervención y cambio. Más aún, buscan hacer de dichos cuerpos factores de política nacional, en función de lo cual los intelectuales delinearán, al mismo tiempo, las bases de un *estado civil*, cuya dirección asumirán.

En efecto, en la coyuntura de cambio de intensidad de la dinámica social-capitalista, para la intelectualidad chilena este *cuerpo biológico del pueblo*, en agonía o muerte, se desoculta, emergiendo como un problema social, económico, político y cultural de primera importancia. Este “cuerpo” pasó a constituir un nuevo y decisivo factor de *producción de conocimiento* acerca del *desorden civilizacional* que vivía la sociedad chilena y su posible arrastre hacia la rebeldía social. Al mismo tiempo, este *cuerpo-sangre del pueblo* se presentaba como un posible campo de *intervención reordenadora* de lo sociopolítico; intervención que, aunque busca mejorar los niveles de deterioro de la calidad de vida del pueblo, lo hace sin tocar el modelo de producción material. Fórmula sociopolítica de la modernidad que, desarrollada a nivel global en occidente, amerita una indagación específica a nivel de países, especialmente a nivel latinoamericano y chileno, donde el tema de lo popular y la profilaxia de la pobreza constituye siempre un problema actual.

Desde la perspectiva del movimiento obrero, que en esta etapa de su historia experimenta un notable proceso de *modernización* –en términos de construcción de organizaciones articuladas entre sí y que alcanzan varias construcciones partidarias

---

<sup>21</sup> Sobre el rol político estratégico de los médicos en tanto estamento profesional moderno, ver Ricardo González, *op. cit.*

“de clase” (*Partido Demócrata* en 1892, *Partido Obrero Socialista* en 1912, *Partido Comunista* en 1922 y *Partido Socialista* en 1933)–, el cuerpo del pueblo también se desoculta como “pobreza”, como “diferencia” y como materialización de dicha categoría de “clase”. La pobreza del cuerpo, las demandas por la subsistencia y la valoración de su “fuerza de trabajo”, constituyó también la categoría política que legitimó su movilización. Este cuerpo es también el “documento” del desorden civilizacional capitalista, al que el socialismo “sanaría”, ya no tanto a través del socorro mutuo, sino a través de la fundación de un nuevo sistema económico y social basado en la categoría de “igualdad de clase”. La intervención sobre el cuerpo debía formar parte del movimiento y proyecto de transformación de la sociedad.

Es decir, mientras para los profesionales biocientíficos la intervención sobre el cuerpo del pueblo consistía en impulsar una “revolución pasiva” desde arriba, en términos de una sanación técnico-biológica con el fin de equilibrar nuevamente el sistema global; para el nuevo movimiento obrero, la sanación del cuerpo del pueblo sería fruto de una intervención transformadora del sistema, impulsando una “revolución activa” estructural. Estas dos opciones “políticas” entraron en un protagonismo decisivo durante el siglo XX y, especialmente, compitieron y disputaron entre sí por atraer a sus filas a las masas populares que sufrían grave necesidad; la presencia de ambas opciones se hace imprescindible para la comprensión de nuestra construcción histórica moderna. Si bien esta no es una historia del movimiento obrero del período, la presencia de este y sus demandas constituye la música de acompañamiento de esta historia, envolviéndola, empapándola y otorgándole su propia posibilidad.

¿Qué papel juega la iglesia –como *intelectualidad*– en esta coyuntura? Su preocupación fundamental está centrada en el temor a la pérdida de hegemonía y liderazgo que de hecho sufre su doctrina, no tanto entre las clases dirigentes (ya liberales, ya conservadoras), no tanto en los nuevos sectores medios (que siempre necesitan de instituciones como la iglesia para su legitimación dentro del sistema), sino especialmente en los sectores populares, los cuales, a través de sus organizaciones, prensa obrera y combate directo, están influyendo notablemente en la pérdida de credibilidad en una iglesia que califican de poderosa, opresiva y alejada de la doctrina de Cristo.

El principal desafío, pues, para la Iglesia, es la modernización de sus instituciones dedicadas a la caridad, actualizando y disciplinando sus cuadros militantes en la misión de restablecer los lazos entre pueblo y sistema a través de la doctrina religiosa. Líder de este proceso de modernización fue, en el período entre-siglos, el arzobispo Mariano Casanova, baluarte de una iglesia que intentará articular tradición y modernización, síntesis que se encarnará en las señoras caritativas de la aristocracia que terminarán por ponerse al servicio de la ciencia bio-médica

para intervenir, en su calidad de “señoras visitadoras”, el cuerpo del pueblo, educar a las madres populares en el conocimiento de la “higiene” y de sus “deberes” como madres y mediar entre pueblo y sistema, inspiradas en el mandato doctrinario de la iglesia.

En suma, por el lado y por debajo de los poderes públicos, la intelectualidad científica en el seno de sus aparatos de acción social, los líderes de las organizaciones obreras y la iglesia, se aprestan, con sus cuadros militantes, a entrar en movimiento hasta alcanzar la fisonomía de una sociedad civil orgánica que, al modo de un “Estado desde fuera del Estado”<sup>22</sup>, entró a gobernar el desorden estructural que se estaba produciendo en el seno mismo de la civilización<sup>23</sup>. Si bien todas estas entidades jugaron un rol central en el ensayo de una nueva gobernabilidad popular, será el estamento profesional, a nuestro juicio, quien se pondrá a la vanguardia de este proyecto, entregando las bases doctrinarias y los instrumentos prácticos para ensayar en Chile una profilaxia de la pobreza a nivel ampliado.

### b) Las redes de poder y la política del cuerpo

Gran aporte ha sido la teoría del *poder* de Michel Foucault. Este filósofo no concibe al poder como “detenido por alguien específico” concentrador de dicho poder, sino como una fuerza que se ejerce en el seno de una relación social, en la cual actúan las mutuas capacidades de presión, persuasión e influjo<sup>24</sup>. A través de esta relación social se teje una red de poderes que si bien están lejos de estar redistribuidos equitativamente, ponen en evidencia sus mecanismos complejos de manifestación en el seno de la sociedad civil. Esta conceptualización del poder es fundamental para nuestro estudio, especialmente cuando en él tratamos acerca de las relaciones entre pueblo y sistema a través de la intermediación de “los intelectuales”, así como de las “mujeres visitadoras”, las que, por medio del discurso y la persuasión, tratan justamente de ejercer su poder de influjo sobre el pueblo y,

---

<sup>22</sup> Sobre el concepto de “Estado desde fuera del Estado” ver Christine Buci-Glucksmann, *op. cit.*

<sup>23</sup> Al respecto me atrevería a refutar un artículo de prensa (Miguel Laborde, “Siete lecciones del centenario”, en *El Mercurio*, 9 de septiembre, 2001) que plantea que, a principios de siglo, ante la miseria existente, surgieron líderes que visualizaron los problemas, pero no movimientos. Sin duda, surgieron líderes, pero éstos lo fueron en tanto supieron activar y organizar diversos movimientos civiles (tales como la *Asociación de Educación Nacional*, las *Ligas contra el Alcoholismo* y la *Tuberculosis*, el *Patronato Nacional de la Infancia*, la *Asamblea Obrera de Alimentación Nacional*, la *FOCH*, a más de las más diversas organizaciones obreras) que no solo agitaron la crítica al orden de cosas imperante, sino que movilizaron amplios cuadros militantes para la acción. Mostrar esto es uno de los objetivos centrales de este estudio.

<sup>24</sup> Ver Michel Foucault, *Microfísica del poder*, Ediciones La Piqueta, Madrid, 1991, y Gilles Deleuze, *Foucault*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1987.

especialmente, sobre las mujeres-madres del pueblo, quienes a su vez, ejercen su propio poder, ya resistiendo, negociando, ya aprovechando de las políticas de intervención, quedando, en definitiva, todos los poderes en interacción mutuamente trabados y comprometidos en el deseo de su relación.

Esta teoría del poder como fuerza en relación y como red de influjos, de persuasión y de deseo, es especialmente relevante en estudios como este, en que el “recurso y rol político del género femenino” se realiza justamente en tanto que, desde el suave carácter “femenino” se pretendía alcanzar hasta “el corazón” y “el vientre” del pueblo. En el curso del proceso histórico que trata nuestro estudio, el poder de persuasión asistencial femenino se constituía, así, en un poder articulado al engranaje de los poderes sociopolíticos y económicos propiamente tales.

Pero, ¿qué es lo que justifica la llegada del poder de persuasión femenino a la casa/vientre del pueblo, en esta etapa de la historia de la civilización? El camino que conducía y que permitía abrir la casa-vientre del pueblo, era –en esta fase de miseria y muerte popular– el *cuidado de su cuerpo*, especialmente el del niño y de la madre del pueblo: la preocupación por su útero, sus mamas, su alimentación; la vigilancia de su higiene, el cumplimiento de los tratamientos, el estado de la salud de la familia en general. El cuerpo del pueblo era el objeto y el objetivo de la nueva política social.

La consideración del “cuerpo” como una categoría cultural y política, a la vez que como una materialidad histórico-social, constituye otra de las principales contribuciones del filósofo francés Michel Foucault a la teoría social. A través de sus estudios sobre el disciplinamiento corporal carcelario y sus trabajos relativos a la bio-política o a la medicina pública aplicada sobre los cuerpos en la modernidad, Foucault abre a la ciencia social un enorme campo de exploración<sup>25</sup>. La teoría del cuerpo como política sitúa a dicho *cuerpo* en el centro de la comprensión del sistema social, con lo cual aquel pierde su carácter puramente biológico e individual, para pasar a ser una categoría cultural-política y social.

Desde esta noción del cuerpo, éste aparece claramente como un “ente cultural” desde el cual y acerca del cual se elaboran discursos y sobre el que se aplican reglamentaciones. Pero la pregunta por el “sujeto” que porta ese cuerpo se impone. ¿Se trata solo de un objeto manipulado por la bio-política y sobre el cual se ejerce el poder? ¿Dónde está entonces el sujeto de la modernidad, orgulloso de su capacidad de protagonismo crítico? Foucault hace emerger este sujeto no desde

---

<sup>25</sup> Ver Michel Foucault, *El nacimiento de la clínica* (1963), *El nacimiento de la prisión* (1975) y la colección de algunos de sus escritos, en *Microfísica del poder* (1990). Es importante considerar también el excelente estudio sobre Foucault de Gilles Deleuze, *Foucault*, Paidós, Buenos Aires, 1987.

un “proyecto” o desde su “conciencia”, sino desde la experiencia directa del ejercicio del poder sobre su cuerpo-sangre. Es en el curso del ejercicio de la intervención donde surge la respuesta, la resistencia y/o la posible reapropiación de su cuerpo y la construcción de su sujeto: como la emancipación sobre los controles materiales ejercidos sobre su corporalidad.

Pero habría que enfatizar que este sujeto-cuerpo no solo se concibe aquí como una pura materialidad corporal separada de su ser espiritual. Tanto la *intelligentia* profesional como la obrera trabajará produciendo *saber* desde este cuerpo y despertando “conciencia” en torno a este saber, en el sentido de la voluntad de producción de un cambio social desde su intervención o apropiación. El cuerpo es la materialidad de un sujeto colectivo crítico y es el propio campo de una suerte de “seducción política” que convoca ampliamente a la sociedad. Aquí percibimos en la categoría política “cuerpo-sangre de pueblo” un *ser-político*.

Por otra parte, si, como decíamos, este cuerpo intervenido va tomando conocimiento de su propia realidad, transformando su cuerpo-sangre en la materia prima del conocimiento acerca de sí mismo como poder o como sujeto de deseo, al parecer pasa algo parecido con los agentes interventores, especialmente en el caso de las mujeres de la asistencialidad. Pretendemos que nuestro estudio entregue luces acerca de este interesante proceso de “conocimiento de sí” a partir del “conocimiento y del deseo del otro”, proceso que experimentan tanto las señoras de la asistencialidad como las mujeres del pueblo (e incluso los propios trabajadores sobre los cuales se ejerce la intervención bio-política y legislativa estatal a partir de 1925), interactuando y deseándose mutuamente a través de las bio-políticas desarrolladas por las instituciones asistenciales civiles desde 1900.

Así, desde la perspectiva de nuestro estudio –dado en un proceso– nos atreveríamos desde ya a definir la *intervención asistencial* no solo como la aplicación vertical de un poder ya constituido, sino más bien como *un poder en construcción*, capaz de relacionarse con su otro de manera diferente al del poder que le envía en su mandato.

Por último, debemos enfatizar que este proceso de intervención, reglamentación y disciplina, no se dirige solamente hacia el pueblo. El proyecto asistencial busca, al mismo tiempo, disciplinar a los sectores civiles de la elite y al propio Estado, sobre la base de ciertas premisas que actúan como “verdades” modernas y civilizadoras para la sociedad en su conjunto. Este trabajo busca establecer cómo estas verdades, para sentar su eficacia, no solo han de intervenir, disciplinar y seducir a los sectores subordinados, sino también a los que se sitúan en la esfera de los dominantes; solo de este modo podían establecerse como verdades hegemónicas para una nueva fundación social.

Por otra parte, es necesario enfatizar que concebiremos al *cuerpo biológico* no como algo “dado” naturalmente, sino como una construcción social y cultural que solo se comprende desde las relaciones sociales que construyen y significan una sociedad. Así creemos que, por lo mismo, no es posible hablar de “cuerpos en general”, sino de *cuerpos-específicos*, expresión de la diferenciación, jerarquía o heterogeneidad del sistema social del cual dichos cuerpos biológicos forman parte. En esta investigación trataremos acerca de un cuerpo específico: el *cuerpo de pobres*. ¿Qué entendemos por ello y qué rol e importancia histórica le otorgamos?

El “cuerpo físico de los pobres” ha sido una categoría central de la construcción del orden social en la civilización occidental cristiana. En esta civilización, el “cuerpo de pobres” se concibe tradicionalmente como un elemento importante para re-instaurar, una y otra vez, el equilibrio y la *cohesión social*, a través de la caridad, en el seno de una sociedad occidental estamentalizada y generadora de pobreza y marginación. La culpa del pecado original en el que ha caído la humanidad se debe expiar a través del cuidado de dichos cuerpos de pobres, los cuales adquieren, así, un importante significado ritual y político. Este cuidado se hace a través de la *mediación* de ciertas instituciones caritativas y, principalmente a través del trabajo de monjas y señoras. Por medio del cumplimiento de este ritual de prescripción y obligación caritativa, se alcanza la armonía cultural del todo y se logra la salvación. Por otra parte, la propia encarnación de Dios, es el Cristo, es un Ser cuerpo-de-pobre, que nace en un rancho y que porta la buena noticia de la nueva alianza. Se crea, así, una institucionalidad de cuidado y salud-para-pobres, la cual, lejos de ser un elemento secundario del sistema cultural, constituye un factor central que encarna y reproduce el horizonte cultural de la civilización cristiana occidental. Desde esta perspectiva, el cuerpo de pobres adquiere una alta significación colectiva y asume el carácter de una categoría ética y política. En suma, el sentido de la nueva alianza, la práctica caritativa y su aparato institucional constituía tradicionalmente el sentido de la gobernabilidad sobre los cuerpos de pobres, incapacitados de incorporarse al sistema en el orden familiar, social y productivo. La institucionalidad caritativa restauraba “su lugar” en el sistema y les otorgaba legitimación dentro de un “todo” social y cultural orgánico.

De este modo, el “cuerpo-sangre de pobres” como categoría ético-política no pertenece exclusivamente a la modernidad, sino que está secularmente enraizado en el modo de construir orden político de la sociedad cristiana occidental. Es desde esta tradición que la refundación modernizadora de la nación se articulará, otorgándole un nuevo sentido. ¿Hacia dónde conduce esta nueva dirección significativa?

El advenimiento del racionalismo científico fue imponiendo una nueva concepción del mundo, que buscaba re-apropiarse de los “recursos humanos y

naturales” a través del conocimiento de las leyes de su vida y desarrollo. Al mismo tiempo, el auge de la economía mercantil y capitalista inducirá a una nueva concepción del cuerpo y, especialmente del cuerpo de pobres, que será re-evaluado en cuanto “cuerpo de trabajo”. En este marco, se producirá una transformación cultural sistémica y un cambio en el modelo de relación con los cuerpos de pobres y su sanación. El cuerpo ya no será medio de expiación, sino también medio de producción. Por otra parte, este “cuerpo popular” pasó a ser, como decíamos, un “factor revolucionario” en la modernidad urbana e industrial, en torno a cuyas demandas se articulaba el movimiento obrero como fuerza social capaz de subvertir el sistema establecido.

Nuestro trabajo se sitúa en este momento de crisis, transición y fundación de la modernidad en su relación política con los cuerpos de los pobres, en cuyo proceso quedarán configurados algunos rasgos decisivos de nuestro modo de construir sociedad y política en el siglo XX.

### c) *Los roles de género*

Si bien nuestro estudio, en cuanto historia sociopolítica, no se enfoca desde la perspectiva específica de la historia del feminismo, no podemos dejar de considerar los aportes que ha realizado en el campo del conocimiento la *teoría del género* como categoría de análisis histórico-político. Esta teoría ha contribuido a otorgar a la dicotomía diferenciadora de sexos el carácter de una categoría de conocimiento que atraviesa la construcción de lo social. Dicha dicotomía se presenta como clave de la construcción cultural histórica, tal como otras categorías socioeconómicas y políticas, que han jugado un rol central en la construcción de ordenamientos y sistemas sociales. Es decir, se visualiza esta dicotomía sexual como categoría activa de construcción de “relaciones sociales” históricas<sup>26</sup>.

Tal como lo plantea Françoise Thébaud, esta sexualización de la cultura que construye sociedad, no es algo estático y dado de una vez para siempre, sino que, siendo definidas como relaciones sociales, constituyen procesos vivos en gestación y transformación continua. “Estas relaciones no son un factor natural sino una construcción social y están siendo redefinidas constantemente. Esta redefinición es, al mismo tiempo, efecto y causa de la dinámica social”<sup>27</sup>.

---

<sup>26</sup> Ver Gayle Rubin, *El tráfico de mujeres. Notas sobre una economía política del sexo*, CEM, serie Documentos, N° 5, Santiago 1985; Armelang y Nash, ed., *Historia y género. Las mujeres en la historia moderna y contemporánea*, Ediciones Alfonso el Magnánimo, Valencia, 1990, y Françoise Thébaud, ed., *A history of women. Toward a cultural identity in the twentieth century*, Harvard University Press, London, 1996.

<sup>27</sup> F. Thébaud, *op. cit.*, p. 4.

Así, la teoría contemporánea del *género* ha venido desarrollando una nueva interpretación de la sociedad que aporta luces muy enriquecedoras para la comprensión histórica. Como fruto de esta trayectoria teórica, se ha venido produciendo lo que se ha llamado una “genealogía de las concepciones de género”<sup>28</sup>. Dentro de esta genealogía y tomando en cuenta la orientación propia de nuestra investigación, destacamos algunas tendencias: a) aquella que critica la visión homogeneizadora de la teoría del género femenino y plantea la heterogeneidad de mujeres dentro de la categoría mujer, dadas sus diversas posiciones genéricas y sociales; b) aquella que rechaza la visión “victimista” de la mujer, resaltando su capacidad de desarrollar formas de poder desde las distintas posiciones (privadas o públicas) donde realiza su acción histórica; c) aquella que cuestiona una visión estática de la condición de género, como un “constructo acabado” y que prefiere entenderla como un “en-generamiento”, como un “hacerse” en el marco de un proceso histórico cultural dado<sup>29</sup>; d) finalmente –y esta tendencia es especialmente importante para nuestro trabajo–, aquella que concibe al género “como una categoría de análisis de todos los procesos y fenómenos sociales”, incorporándola, en cada contexto histórico, a “posiciones sociales” tales como etnia, clase, edad, etc.<sup>30</sup>.

En suma, la teoría de *género* se ha venido “historizando” o aproximando a lo real-histórico, empapándose de heterogeneidad, complejidad, dinamismo e interacción con otras categorías, todo lo cual permite, a nuestro juicio, situar al género dentro del campo de la historia política y social.

Desde este referente, consideraremos *lo político* no como un campo exclusivamente masculino –como lo vio inicialmente el feminismo– sino como una construcción de poder cargada de “género”, en el cual cada sexo cumple el rol público que se le “asigna” en la tarea política común de la construcción de un sistema social. *Lo político* será considerado, aquí, no como un ámbito propio de “lo partidario” en vista de la “toma de posición” en los aparatos institucionales de poder tradicional, sino como un *campo de poder político-social*, construido y reproducido, en importante medida, a través y en la praxis social de los roles de género. De este modo, aquí nos salimos del ámbito de la preocupación de la “falta de participación política de la mujer en Chile” –como a menudo se ha planteado–, en tanto que, por el contrario, apreciamos que su participación política fue muy importante, estratégica y decisiva, considerando

---

<sup>28</sup> Esta “genealogía de las concepciones de género” es sistematizada por Gloria Bonder, *Género y subjetividad. Avatares de una relación no evidente*, en S. Montecino y A. Obach, *Género y epistemología. Mujeres y disciplinas*. Editorial LOM, Santiago, 1999, p. 32.

<sup>29</sup> Ver Françoise Thébaud, *op. cit.*

<sup>30</sup> Ver Teresa Ebert, *Ludic feminism and after. Postmodernism, desire and labor in Late Capitalism*, University of Michigan Press, U.S.A., 1996.

su intervención directa sobre los sectores populares, en vista de su incorporación y adaptación al sistema establecido.

#### d) *La mediación*

En el curso de este estudio, usaremos a menudo un término: el de *mediación*, el que aplicaremos especialmente al trabajo que realizan las mujeres visitadoras en el seno de los sectores populares. ¿Cómo se define y en qué consiste esta mediación que las visitadoras realizan durante el período en estudio? ¿Cuáles son los fundamentos ideológicos de la acción de mediación, especialmente en el terreno de las políticas materno-populares que la asistencialidad femenina aplica? ¿Sobre qué cuerpos y ámbitos populares se aplica preferentemente esta intervención asistencial? ¿Qué importancia y resultados tuvo como acción de *intermediación* entre el pueblo, por un lado, y las elites y el Estado, por otro? ¿Qué cambios va produciendo la acción mediadora, tanto en el seno del pueblo que es objeto de su política asistencial-materna, como en las propias mujeres que realizan la experiencia de intervención?

Respecto de la conceptualización de la *mediación* en el campo específico de la asistencia social, existen diversos enfoques. Uno de los conceptos de mediación la define como un espacio o un lugar en que dos partes en conflicto se pueden encontrar, hablar y dirimir<sup>31</sup>. Ese espacio o “lugar” sería la propia visitadora o asistente social que, de este modo, se constituiría en un territorio “neutral”, facilitadora de la armonización entre dos partes, intentando unirlas, reconstituyendo una unidad. Por otra parte, un enfoque dialéctico de la mediación le otorga a ésta un rol histórico mucho más activo en la construcción social, en tanto concibe la mediación como una acción responsable de la dinámica y la lógica de la relación entre la *parte* y el *todo* al interior del ser social<sup>32</sup>.

Otros autores cuestionan estas conceptualizaciones de la *mediación*, especialmente en tanto sospechan de la construcción de un *todo* desde la perfecta articulación de las *partes*. “Estamos en la edad de los objetos parciales, de los ladrillos y de los restos o residuos. Ya no creemos en estos falsos fragmentos que, como los pedazos de la estatua antigua, esperan ser completados y vueltos a pegar para componer una unidad que además es una unidad de origen. Ya no creemos en una totalidad original ni en una totalidad de destino. Ya no creemos en la grisalla de una insulsa dialéctica evolutiva, que pretende pacificar los pedazos limando sus bordes. No creemos en totalidades más que *al lado*. Y si

---

<sup>31</sup> Ver al respecto, Antonio de Tommaso, *Mediación y trabajo social*, Espacio Editorial, Buenos Aires, 1957.

<sup>32</sup> Ver Reinaldo Nobre Pontes, *Mediacao e Servicio Social*, Cortez Editora, Sao Paulo, 1997.

encontramos una totalidad tal al lado de partes, esta totalidad es un todo de aquellas partes, pero que no las totaliza, es una unidad de aquellas partes pero que no las unifica y que se añade a ellas como una nueva parte compuesta aparte. (...) Pues Proust decía que el todo es producido como una parte al lado de las partes, que ni unifica ni totaliza, sino que se aplica a ellas instaurando solamente comunicaciones (...) entre vasos no comunicantes, unidades transversales entre elementos que mantienen toda su diferencia en sus propias dimensiones. (...) Aproximar, pegar es lo que Joyce denominaba *re-embod*y. El cuerpo sin órganos es producido como un todo (...) al lado de las partes que ni unifica ni totaliza”<sup>33</sup>.

Esta conceptualización se acerca más, a mi juicio, al trabajo que realizan las visitadoras sociales durante el período en estudio. Ellas trabajan con fragmentos populares; cada “caso” lo tratan de adscribir a ciertas instituciones que se instalan en su cercanía y que actúan a modo de un *todo de esas partes* o de esos “casos sociales”. Este trabajo de incorporación es muy frágil y amenaza romperse cada vez. No hay un todo mayor solidificado por su acción. Ella misma, la mediadora, es una parte adherida a uno u otro fragmento (tanto a las instituciones mandantes como a los casos sociales), manteniendo con cada uno de ellos una relación de mayor o menor (in)comunicación.

A pesar de su aparente incompatibilidad, aquí trabajamos tanto con aquella noción de mediación como “lugar de la intercomunicación entre las partes”, es decir, como “puente”, así como también con esta crítica post-moderna en el sentido de estar advertidos de la fragilidad de la misión mediadora de pretender construir una unidad social homogénea, estable y compacta en una suerte de todo granítico que construye una historia en ascenso progresivo. Sin embargo, y a pesar de esta fragilidad, en este estudio se concebirá la mediación asistencial como motor de un proyecto político *estratégico* que persigue ciertos objetivos, respecto de los cuales se está relativamente consciente y en función de los cuales se articulan determinados discursos y se construyen definiciones y prácticas que trazarán un camino en el tiempo. Proyecto político *estratífico* que se desarrolla sobre un escabroso camino contradictorio que, a pesar de no imaginar siquiera su destino, se mueve e inspira en universales éticos que lo legitiman.

De este modo, nuestro estudio detendrá su punto de mira en el rostro de las mujeres (en el discurso acerca de ellas y sobre ellas mismas, su rol y su poder) actuando en la asistencialidad institucional, enfocándolo como una acción *política* local, fraccionada, parcial y tremendamente frágil, pero no por eso menos estratégica.

---

<sup>33</sup> Gilles Deleuze, Felix Guattari, *El anti-edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Paidós, Barcelona, 1998, pp. 47-48.

De modo general, entendemos que la *mediación* opera como un complejo proceso de “interrelación y seducción”, a través de fuerzas de atracción en un campo histórico social determinado, aproximando a los sujetos y entrando en “contacto directo” en vista de su mutuo conocimiento y deseo, hasta quedar práctica e íntimamente comprometidos. En el seno de este campo de fuerzas comunicativas, la mediación, en el ámbito específico de la visitación popular, se genera a partir del encuentro directo, en carne-sangre con el o la otra, experiencia que produce el encuentro de distintas “lenguas”: la lengua del pueblo, la lengua de las instituciones, la lengua de la visitadora; con la impura mezcla de todas estas lenguas, ella, la visitadora-mediadora “lo-habla” al pueblo, otorgándole su propio “sujeto”, “la-habla” a la institución, generando o negando su legitimidad y “le-habla” a sí, construyendo su propia identidad. La *mediación* la entenderemos, así, como las hablas que emanan de la visitadora a partir de la experiencia concreta de su encuentro con el pueblo en un momento histórico dado, produciendo, a través de su acto de “lo-hablarlo”, las distintas identidades comprometidas.

Esta mediación femenina y sus políticas dirigidas hacia las mujeres de pueblo, esperaban producir un *re-enlazamiento* de las fidelidades sociales; pero su acción de *mediación* se tradujo principalmente, a nuestro juicio, en la producción de un nuevo *saber* acerca de la *realidad nacional* de la pobreza que impactó profundamente en todas las conciencias de la época. Por otra parte, esta experiencia de *mediación como producción de identidades y de saber*, llevará a estas mujeres a un nuevo conocimiento acerca de sí mismas, basado en la valoración del rol estratégico practicado por ellas en el campo de la asistencialidad. Al mismo tiempo, las mujeres populares y luego los trabajadores, en tanto “el campo” de políticas de intervención asistencial, si bien sabrán “negociar” sus necesidades a cambio de asistencia, posiblemente fueron concibiendo, estableciendo y negociando también una nueva relación con el sistema, percibiéndolo más próximo, tanto desde la perspectiva de su incorporación al mismo, como también desde la posibilidad de su abordaje crítico desde una opción popular democrática.

En suma, concebimos aquí la *mediación* como el acto, fruto de su experiencia de aproximación, de portar la visitadora una triple “habla”, produciendo identidad y saber *acerca del otro* y, al mismo tiempo, *acerca de sí misma*, proceso a través del cual se va pronunciando una *nueva lengua* y, necesariamente, un distinta vinculación con el sistema, instalando las bases de su potencial reforma o transformación. Así, concebimos aquí a la *mediación* operando como un “proceso de relación” fruto de una suerte de *seducción*, de mutua atracción y deseo entre visitadoras y pueblo, produciendo una relación de mutua complicidad; complicidad que le otorga una nueva dimensión a la mediación, rompiendo ésta a menudo la simple funcionalidad del mandato institucional de la “visita social”.

Por otra parte, visualizamos la *mediación* como una relación definida por la propia *contradicción* que anida en su interior: entre la lógica disciplinadora y el mandato de la institución y la corriente de saberes y deseos que se activan en dicha relación y que son capaces de potenciar críticas y prácticas creativas autónomas, las que incluso pueden generar algunos cambios en el modo de concebir las relaciones sociales dentro del sistema.

Tomados en su conjunto, estos planteos teóricos nos permiten visualizar el tema de la trayectoria histórica de la asistencia y visitación popular –en la etapa que abarca este estudio (1887-1940)–, como el proceso de emergencia de un nuevo movimiento civil gubernativo (liderado por “los profesionales”) que interviene sobre el cuerpo del pueblo y construye relaciones de poder en la base social, con el objeto de perfilar, desde la sociedad civil hasta alcanzar al Estado, un nuevo pacto de ciudadanía. Este pacto social contemplaba la *incorporación popular* (aunque no la democratización de la sociedad<sup>34</sup>) a las instituciones de asistencia, a través de la protección de su cuerpo, en función de lo cual se tejen las redes de aproximación social destinadas a la mediación de las relaciones en tensión o conflicto, a través de la articulación de “las hablas” y el mutuo deseo entre las partes. Pensamos que, si bien este camino de reforma a través del cuidado del cuerpo popular no va a lograr neutralizar la confrontación de clases –alimentada por un sistema económico generador de desigualdad y sustentado por un movimiento obrero de larga trayectoria crítica al sistema–, va a ser capaz de impregnar de “políticas sociales” a dicho proceso de reforma en el Chile del siglo XX.



Hemos dividido este estudio en cinco capítulos. El *primer capítulo* trata del problema del *ser-cuerpo del pueblo* y de los distintos rostros que asume su visibilización histórica en Chile entre la fisura crítica de 1887 y el 1900. El *segundo capítulo* se preocupa del estudio de lo que podríamos llamar el *gobierno civil* sobre el pueblo, en base a una alianza estratégica entre caridad y ciencia, bajo la conducción del paradigma biopolítico y unidas en función de una intervención que articula tradición y modernización, especialmente a través de la acción de las señoras-visitadoras; esto, en el trasfondo de un importante protagonismo popular que busca, paralelamente, captar las masas del pueblo con fines crítico/revolucionarios. El *tercer capítulo* se preocupa de la construcción en Chile de un nuevo protagonismo

---

<sup>34</sup> Para una crítica del concepto de “integración” vs. “democratización” ver Tomás Moulián, *El socialismo del siglo xxi*, LOM, Santiago, 2000

de Estado, en cuyo marco se levantará la intervención asistencial de las Escuelas de Servicio Social para la formación de visitadoras profesionales (tanto no/confesionales como confesional/católicas). El *cuarto capítulo* trata acerca de la debutante inserción de las visitadoras sociales profesionales en las instituciones asistenciales tradicionales como en la moderna institucionalidad recientemente creada con la legislación social, portando “las tres hablas” que define su mediación. Por último, en el *quinto capítulo* seguimos los pasos de las visitadoras sociales por distintas áreas de su accionar en el campo laboral, específicamente en el mundo rural e industrial, formando parte de una importante estrategia de neutralización de los conflictos por la vía del mejoramiento en las condiciones de vida de campesinos y obreros, en tiempos de formulación de proyectos políticos de transformación modernizadora del sistema social y económico nacional. Asimismo, este capítulo trata del trabajo de las visitadoras como “escribas” del pueblo ilegitimado.

De este modo, el estudio se construye como un proceso donde se va ensayando, construyendo y consolidando el proyecto de intervención asistencial popular, practicado en gran medida por la mediación de las mujeres visitadoras, desde algunas formaciones institucionales civiles públicas y privadas, hasta alcanzar casi todos los ámbitos del mundo social donde habitaba el pueblo.

La periodificación seleccionada para este estudio pretende justamente mostrar esto. Comienza con “la visibilización” del pueblo a fines del siglo XIX, cuando se plantean las preguntas acerca de las vías para la intervención y termina en 1940, cuando las señoras visitadoras del 1900 se han transformado en las visitadoras sociales profesionales de las dos primeras escuelas de Servicio Social de América Latina (la *Alejandro del Río*, dependiente de la Junta de Beneficencia, y la *Elvira Matte de Cruchaga*, dependiente de la P. Universidad Católica, mientras se crean varias escuelas en provincia), encontrándose diseminadas ya en esa época por diversos ámbitos del mundo popular, realizando su intención de mejoramiento y re-armonización social, madurando, al mismo tiempo, las primeras contradicciones y sentido crítico de su accionar.

Reiteramos que el objetivo específico de este trabajo ha sido develar algunos aspectos de la construcción de la sociedad chilena entre 1887 y 1940, desde el estudio de *las vías y modalidades de aplicación de las políticas sociales*. Consideramos que esta intervención social marca una nueva fase en la construcción de la nación, configurada en el proceso mismo de gobernabilidad civil sobre lo popular, en un trasfondo revolucionario. Nos ha interesado también mostrar cómo esta forma de intervención civil se constituye en la matriz de una fórmula política que alcanza también al Estado, quien se apropia de dichas modalidades civiles de gobierno e intervención social, sin anular su carácter propiamente civil, que es justamente donde reside, a nuestro juicio, su poder y efectividad.

Atreviéndonos a aventurar hacia el horizonte más amplio de la historia de Chile del siglo XX hasta 1970, tenemos la percepción de que esta vía de intervención social es, al mismo tiempo, una vía de transformación sociopolítica de la nación, entablándose una suerte de juego de “empate político” permanente entre *revolución pasiva y activa* y sobre la base de una “matriz asistencial” que, aunque atravesada por múltiples contradicciones, alcanza un status de hegemonía. Es esta “matriz asistencial” la que posiblemente forma el sustrato de la nostalgia y a la vez de la legitimidad de las políticas sociales siglo XXI.

Por último, a través de esta historia deseo reconocer el trabajo social de tantas mujeres que, por medio de la Visitación, dieron a conocer la vida del pueblo, poniéndola en el primer plano del interés social. Pido, pues, permiso a ellas para entrar en su mundo y su historia profesional.